

EL TEMPLO PERDIDO

Tom Harper



Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Título original: The Lost Temple
Traducción: Cristina Gómez LLorente

- © 2007 Tom Harper. Reservados todos los derechos
- © 2010 ViaMagna 2004 S.L. Editorial ViaMagna. Reservados todos los derechos.
- © 2010 por la traducción Cristina Gómez Llorente. Reservados todos los derechos.

Primera edición: Enero 2010

ISBN: 978-84-92688-86-9

Depósito Legal: M-50706-2009

Impreso en España / Printed in Spain

Impresión: Brosmac S.L.

Editorial ViaMagna
Gran Vía de Carlos III, 84
Entresuelo 3ª
Barcelona, 08028
www.editorialviamagna.com
email: editorial@editorialviamagna.com

PRÓLOGO

Creta, 20 de mayo de 1941

Cuenta la leyenda que éste fue el primer lugar donde el hombre consiguió volar. Cual pájaros artificiales, vestidos con unas alas de cera y plumas, se lanzaron desde el majestuoso palacio y planearon sobre la preciosa mar. Volaron muy alto, más cerca del sol que nunca, hasta que uno de ellos, un muchacho, se acercó demasiado y sus alas se derritieron, precipitándose a tierra. Para cuando la última de las plumas se posó sobre el agua, el muchacho había desaparecido entre las olas para dar nacimiento al mito. Ahora volvían a verse hombres surcando el cielo, pero en lugar de con plumas, volaban con alas de seda, y los arneses tejidos que las sujetaban no se derretían con el sol. Se autodenominaban *fallschirmjäger*: los cazadores del cielo. Éstos no se caían, sino que se lanzaban en picado hacia el suelo como águilas hambrientas.

Pemberton pudo verles desde la ventana de su oficina. Desde el momento en que terminó el bombardeo, supo que estaba en peligro. Durante las últimas semanas, el terror había estado presente de forma constante, personalizado en el zumbido de los motores, seguido del alarido de los bombarderos y el posterior temblor del suelo tras las explosiones. En varias ocasiones, las bombas habían caído tan cerca de la villa que los utensilios temblaban en sus expositores, vibrando como tazas

TOM HARPER

sueltas en sus platillos, hasta que el personal los recogía y los bajaba al sótano. Los bombardeos acababan de detenerse. Todos los ilustres refugiados que habían visto su vida sumida en la miseria se habían marchado, junto con todo el personal. Aquella misma mañana, Pemberton les había enviado a casa, a reunirse con sus aldeas y sus familias. Él era el único que quedaba y también había llegado la hora de irse.

Cogió su mochila del perchero situado en la esquina y vació su contenido sobre el escritorio. Un sándwich de hacía una semana cayó suavemente sobre la mesa, seguido de un termo medio vacío, su cámara, una linterna, una navaja y un par de envoltorios de chocolatinas arrugados. Se quedó con la linterna y la navaja y desechó el resto, aunque antes se aseguró de sacar el carrete de la cámara. A continuación, temblando por los nervios fruto de la prisa, abrió el cajón y sacó el cuaderno. El polvo se había apoderado de las arrugas que surcaban la suave piel marrón y el monograma dorado casi había desaparecido por el desgaste. Era un regalo de su esposa, casi el último, de modo que lo conservaba como un tesoro, aunque no era este aspecto sentimental el que le confería su mayor valor. Los invasores podían apoderarse de cualquier objeto de la villa, los artefactos o piezas del museo, las prendas y los muebles importados de Inglaterra, incluso de su apreciada biblioteca. Podían llevárselo todo menos eso.

No podía hacer nada más. Cerró la mochila y se dirigió hacia la puerta. Allí, presa del pánico, volvió a abrir la mochila para asegurarse de que el cuaderno siguiera allí realmente. Por último, cerró con llave todas las puertas de la casa, en un último e inútil gesto de resistencia. En caso de que los alemanes llegasen hasta la villa, eso les retrasaría unos cuantos minutos y quizás le conferiría a él una pequeña ventaja.

Bajó hasta quedar bañado por el sol. Sobre él vagaba un dosel multicolor de nubes sedosas, blancas, rojas, verdes y amarillas, que vagaban a la deriva desde el cielo a la tierra.

EL TEMPLO PERDIDO

Pemberton había esperado hasta estar totalmente seguro, hasta ver los primeros paracaídas aparecer en el cielo vespertino. Ahora ya era demasiado tarde. El eco de los Junkers-52 sobrevolando la zona resonaba en todo el valle y ya podía oír el sonido entrecortado de los disparos al otro lado de la curva que conducía al norte, hacia el puerto de Herakleion. Seguramente, los alemanes habían aterrizado al norte de la ciudad, cortándole el paso, y cada minuto que pasaba caían más refuerzos de los Junkers. No iría demasiado lejos en esa dirección, de manera que se dirigió hacia el sur; subiría por las colinas hacia las montañas.

Caminaba deprisa. Llevaba en Creta dos años, desde antes de la Guerra, y sus largas excursiones al interior de la isla eran legendarias entre sus colegas. La protuberante tripa que había empezado a sobresalir por encima de su cinturón tras sus numerosas cenas sociales había desaparecido, y aunque el sol había decolorado los últimos restos de su cabellera negra, este rasgo quedaba compensado con el color y la salud que emanaba de sus pómulos. Tenía cincuenta y seis años, pero se sentía ahora más joven que hacía diez.

Cuando hubo avanzado como medio kilómetro, volvió la vista atrás. En la depresión que se extendía a sus pies, las murallas excavadas del palacio de Knossos sólo quedaban a la vista en la zona del pinar. Ese palacio había sido la obsesión de su vida e, incluso en su precipitada huida, le inundaba un sentimiento de culpa al dejarlo en manos de los invasores. Él mismo, cuando aún era sólo un estudiante, había ayudado al legendario Sir Arthur Evans en sus excavaciones, desenterrándolo de su letargo de más de tres mil años, antes de la Gran Guerra. Aquella época fue una edad de oro, cuando parecía que estaban abriendo una senda hacia el mito mismo y cada día les ofrecía nuevos descubrimientos que convertían las leyendas en Historia. Treinta años más tarde, ya viudo, había vuelto para ocupar el puesto de encargado del lugar. La época de los héroes

TOM HARPER

había pasado ya para la Arqueología y la rápida carga del descubrimiento había derivado en un meticuloso camino de análisis escolástico, que aun así le había colmado de felicidad. Incluso había dirigido personalmente varios descubrimientos, uno de los cuales hubiese dejado atónito al propio Evans. Alargó el brazo hasta la espalda y palpó la mochila, asegurándose una vez más de que su cuaderno seguía allí.

Otro avión rastreó la ladera septentrional a vuelo rasante. Podía verlo claramente en el limpio horizonte: la parte delantera chata, la esvástica negra en el lateral e incluso la cinta blanca de la línea estática que iba dejando atrás. Debía de haber llegado al final de su caída en picado, unos segundos más y giraría, volviendo al interior a recoger una nueva carga. Pero no giró, siguió su camino sobrevolando el palacio y el valle, directamente hacia él.

Pemberton no era un cobarde. Había luchado en las trincheras de Flandes y había tenido que salir al campo de batalla como todos los demás, pero ante la visión del avión aproximándose, la sangre se le quedó helada. Volvió a bajar la vista y dio media vuelta mientras la pesada máquina avanzaba sobre su cabeza, con el motor rugiendo a un ritmo tan lento que pensó que caería del cielo y la escotilla abierta en el fuselaje como una herida.

Pemberton se tiró al suelo en el preciso instante en que una figura asomaba por la escotilla y oteaba el horizonte. Seguramente le había visto, y durante un segundo el arqueólogo sintió una extraña comunión al cruzarse sus miradas. Entonces, el hombre se dejó caer con los brazos extendidos como alas. Saltó del avión, planeó en el aire durante un momento y después desapareció, desvanecido por la estela. Tras él se extendió una larga cuerda, que se tensó y dejó paso a la cúpula blanca del paracaídas, impulsándole hacia arriba como a una marioneta. A pesar de todo, parecía seguir cayendo a una velocidad aterradora.

EL TEMPLO PERDIDO

Sólo habían pasado unos segundos, pero ya le seguían varios hombres más planeando en el aire. El avión aún no había terminado su caída en picado. Pemberton miró hacia arriba. El viento conduciría a los paracaidistas algo más allá de donde él estaba, aunque no lo suficientemente lejos como para escapar de ellos. Estaba atrapado y, sin quedarle más alternativa, volvió a dirigirse hacia el palacio al cobijo de los árboles.

Subió aquellos peldaños de cuatro mil años de antigüedad y se desplomó tras una pared, jadeando. Evans no había colmado su ambición con la mera excavación del palacio; en ciertos lugares, había tratado de reconstruirlo. El resultado era un puñado de habitaciones a medio construir que se alzaban sobre las ruinas como si de fantasmas se tratase. Algunos turistas las encontraban evocadoras, otros las consideraban un insulto a la arqueología. Pemberton, aunque profesionalmente se esperara que no estuviera de acuerdo, siempre se había sentido orgulloso de ellas en secreto. Nunca hubiera pensado que tendría que esconderse tras ellas para salvar su vida. Se giró y se levantó para vigilar a través de la ventana que se abría en aquella pared resucitada.

Por un momento, se atrevió a albergar la esperanza de que los paracaidistas se hubieran dirigido hacia el interior. A continuación los vio: estaban incluso más cerca de lo que temía. En los pocos minutos que había tardado en volver al palacio, habían conseguido desprenderse de los paracaídas, formar fila y comenzar las maniobras hacia el valle. Podía ver cómo se extendían en una delgada línea, avanzando a través de los moteados olivares que llegaban hasta el palacio. Calculó unos seis hombres ataviados con cascos abiertos y unas anchas gabardinas verdes que parecían insólitamente incómodas para el combate. Si hubieran tomado la carretera hacia el oeste, habrían atravesado por una senda pasado el palacio en ruinas, pero tal y como lo habían hecho, se dirigían directamente hacia él.

TOM HARPER

Sintió el chirrido de un objeto duro y metálico al impactar contra la piedra a cierta distancia a su espalda. Giró a su alrededor aterrorizado hasta que, transcurrido un momento, recordó a los hombres del valle. ¿Le habían visto? No, se habían desvanecido bajo la sombra del muro meridional y estaban temporalmente fuera del alcance de la vista. Volvió a mirar, con más cuidado esta vez. En el gran patio, donde en su día habían bailado sus ancestros a lomos de los toros, yacía un paracaídas carmesí, extendido como una mancha de sangre. La tela se retorció y estremecía con la brisa, mientras una enredada maraña de cuerdas negras colgaba de una pequeña lata de acero. Pemberton divisó la grieta fruto del impacto en los bloques de yeso y le asaltó un ataque de furia ante tal vandalismo fortuito.

El primero de los soldados alemanes, un sargento, se arrastró sobre el parapeto y recorrió el patio hasta llegar a la lata. Los demás le siguieron, rodeándole conforme se arrodillaba y la abría. Algunos de los hombres se estaban desprendiendo de los anchos conjuntos que habían llevado durante el salto, dejando al descubierto sus uniformes de batalla grises y las bandoleras, mientras que otros cogían las armas que les repartía el sargento.

No obstante, algo se estaba moviendo más allá de los soldados. Pemberton captó por el rabillo del ojo cómo una figura se arrastraba por el tejado del santuario que se alzaba ligeramente a su izquierda. Llevaba una camisa blanca y un pañuelo negro en la cabeza, al más puro estilo de los granjeros de Creta, y sostenía un rifle en la mano, sujeto cuidadosamente para evitar que chocase con la piedra. Por su aspecto, el rifle parecía incluso más viejo que el hombre en sí: apenas le habría dado uso en los últimos cincuenta años, desde la expulsión de los turcos de la isla, pero no había duda de que tenía la intención de usarlo.

EL TEMPLO PERDIDO

Pemberton se asomó un poco desde detrás de la columna que le protegía y agitó la mano en un intento de llamar la atención del griego sin poner en alerta a los alemanes, que parecían ajenos al peligro. Tres de ellos se habían encendido un cigarrillo y estaban allí parados, fumando, mientras el resto metía sus equipos en las mochilas. Uno de ellos comenzó a bromear y el patio se inundó de risas nerviosas.

—¡Ssssh! —susurró Pemberton entre dientes, desafiando los límites de la prudencia en su desesperación por detener al griego. ¿En qué estaba pensando ese hombre? Los alemanes casi habían terminado de descargar la lata y estaban preparándose para marcharse. En unos cuantos segundos estarían de camino... y, por tanto, él estaría a salvo.

El griego se volvió bruscamente, empuñando el arma; debía de haber oído a Pemberton, y esbozó una amplia sonrisa al reconocer al arqueólogo inglés, una presencia familiar en el valle. Una hilera de dientes rotos relució en contraste con su bronceada y arrugada piel, y a continuación, se colocó el rifle al hombro, apuntó a través de la oxidada mira y disparó.

En el mismo instante que el disparo retumbó al otro lado del patio, la sangre comenzó a brotar de la garganta del sargento alemán. En el tejado del santuario, el griego intentaba desesperadamente cargar de nuevo, tirando del duro cerrojo de su rifle, pero los alemanes le habían visto ya. Del cañón de sus pistolas automáticas estalló un relámpago de fuego y un torrente de balas se incrustó en el cuerpo del campesino con tal fuerza que salió impulsado hacia atrás, dejando una húmeda mancha de sangre a través de todo el llano tejado.

Las pistolas enmudecieron. En la distancia, Pemberton podía oír aún el rugir de la batalla por conquistar Herakleion, aunque los sonidos se percibían monótonos e irreales tras la violencia de los rifles Schmeissers. Uno de los soldados corrió hacia delante, subió un llano tramo de escaleras hasta llegar al tejado del santuario donde yacía el cuerpo del granjero, pateó

TOM HARPER

el cadáver y le disparó una única e inútil bala en el cráneo. Pemberton sintió cómo un escalofrío le recorría el cuerpo y se acurrucó aún más tras la columna que le cobijaba. Las habitaciones que Evans había reconstruido eran prácticamente piezas de exposición, con una profundidad similar a las fachadas del oeste de un estudio de Hollywood. Con unos cuantos soldados en el patio y otros que se movían a su izquierda, quedaba poco espacio para poder ocultarse. Apretó la espalda contra el pilar, sin atreverse a moverse.

Justo enfrente, en la parte trasera del muro, una sombra se movió en la puerta. A Pemberton se le congeló la sangre, después volvió a respirar al comprobar que un pequeño gatito cruzaba la puerta y permanecía quieto al sol, mirándole con sus grandes ojos.

—Vete —articuló Pemberton, estirándose por encima del hombro para asegurarse de que los alemanes que permanecían en el tejado no le vieran. ¿Qué pasaría si los movimientos del gato llamaban su atención?

El gatito se sentó sobre las patas traseras, levantó una de sus patas delanteras y comenzó a lamerse.

—¡Zape! —Al mirar alrededor, Pemberton pudo ver que el soldado seguía en el tejado frente a él, usándolo como atalaya para inspeccionar la zona en busca de más campesinos. Si miraba ahora hacia allí, seguramente le vería.

Los hombres que permanecían en el patio le gritaron ansiosos: su sargento estaba muriéndose y estaban impacientes por ayudarlo. Tras echar una última ojeada al valle, el soldado del tejado volvió a bajar. Al fin Pemberton relajó los hombros y abrazó la mochila, lleno de alivio.

Sin embargo, el gato había dejado de lavarse y permanecía de pie muy rígido, moviéndose ligeramente sobre sus rechonchas patitas. Un cuervo había planeado hacia allí y se había posado sobre el cuerpo acribillado a balazos, haciendo caso omiso tanto del alemán que permanecía a pocos metros,

EL TEMPLO PERDIDO

como del joven depredador, agazapado en las sombras. La cola del gatito se agitó y su mandíbula abierta emitió un extraño sonido seco; a continuación, se abalanzó sobre su presa.

Después de eso, todo ocurrió demasiado deprisa para que la vista de Pemberton pudiera registrarlo. El hombre del tejado se giró, descargando una ráfaga de balas indiscriminadamente a través de la habitación abierta. Sus camaradas del patio pudieron ver incluso menos que él, pero no estaban de humor para ir con cautela. Abrieron fuego con todo el armamento que tenían y, de repente, una tormenta de plomo, hormigón, piedra y yeso se apoderó del aire. Algo atravesó la mejilla de Pemberton, y a punto estuvo de alcanzarle en el ojo, aunque él apenas sintió el golpe. Se arrojó al suelo y, aún abrazando la mochila, se lanzó hacia la puerta contraria. No llegó a ver qué ocurrió con el gato.

El palacio de Knossos no volvió a ser el laberinto que había forjado la leyenda, pero seguían existiendo formas de perderse en él, y Pemberton conocía la distribución mejor que nadie. Atravesó la puerta, olvidándose prácticamente de los disparos que le seguían, y se lanzó desde el borde del balcón a las ruinas al descubierto que yacían debajo. A través de una rendija se accedía a una cámara subterránea, situada bajo la habitación de la que venía, y a continuación se volvía a salir a la luz del sol. Allí, a su izquierda, se bifurcaban una sucesión de largos pasillos que él ignoró, girando a la derecha. En esa zona no habían excavado demasiado por miedo a dañar los cimientos de las ruinas de arriba, pero habían realizado un par de túneles de exploración bajo el gran patio. Uno de ellos lo cruzaba por completo hasta el extremo más lejano. Si era capaz de llegar hasta allí, tendría la posibilidad de alcanzar la puerta este y huir entre los árboles que se alzaban al final del valle. En las tribunas superiores resonaban pisadas. Pemberton presionó su cuerpo contra el muro del contrafuerte; si alguien miraba

TOM HARPER

desde el borde en ese momento, quedaría completamente al descubierto. Pero no acudió nadie. Había una abertura, un agujero situado a unos cuantos metros de distancia en el terraplén. Corrió hacia allí y se introdujo en él. No era mucho más ancho que su propio cuerpo, de manera que en varias ocasiones se golpeó los hombros con las viejas vigas de madera que apuntalaban el techo. A través de las grietas se filtraban tenues corrientes de suciedad que se introducían en los pliegues de su camisa y le resbalaban por el cuello. Y lo peor de todo: no había espacio para mirar atrás y comprobar si alguien le seguía. Lo único que podía hacer era avanzar con todas sus fuerzas, empujando la mochila delante de él, hacia el pequeño agujero de luz que centelleaba al final del túnel.

Finalmente, consiguió llegar hasta él. Con un último esfuerzo, empujó la mochila hacia fuera hasta que cayó al suelo y a continuación se deslizó tras ella. Ahora se encontraba en el hueco de la gran escalinata, la parte mejor conservada del palacio. Aun así, Evans no se había dado por satisfecho y la había adornado con réplicas de frescos y columnas pintadas, de manera que su aspecto era casi idéntico al que debía de haber tenido treinta y tres siglos atrás. El tramo de escaleras de su derecha conducía hasta el patio, mientras que el otro tramo desaparecía a su izquierda para bajar hasta las plantas inferiores. Ojalá pudiese llegar hasta allí...

En la escalera de arriba resonaron rotundamente unas pisadas y, antes de que Pemberton pudiera moverse, rodearon la esquina y se detuvieron a poca distancia de él, en el rellano. Un paracaidista alemán le observó fijamente. Presentaba una ligera cojera, quizás a causa del aterrizaje en paracaídas, aunque su mano no parecía titubear al empuñar el arma.

—*¿Was haben wir hier?* —exclamó con los ojos muy abiertos, conforme comprendía el alcance de aquella extraña visión. Esperaba encontrar a otro granjero, o quizás a un soldado perdido, pero no a aquel desaliñado arqueólogo inglés

EL TEMPLO PERDIDO

con gafas—. *¿Was bist Du denn für einer? ¿Engländer? ¿Soldat?* —preguntó hundiendo el rifle en el cuerpo de Pemberton—. *¿Spion?*

Pemberton abrazó la mochila y cerró los ojos. Todo su esfuerzo había sido en vano y ahora moriría ahí, convirtiéndose en un último esqueleto perdido en el laberinto del Minotauro. Sin ningún motivo, recordó todas las tumbas que había profanado durante su carrera y se preguntó si sus furiosos moradores le estarían esperando en la otra vida para torturarlo. Por fin volvería a ver a Grace.

Entonces se oyó un disparo que retumbó en todo el lúgubre hueco. Para su sorpresa, no sintió nada. Quizás el soldado había errado el tiro, o quizás ya estuviera muerto. Esperó lo que le pareció una eternidad a que el hombre terminara el trabajo. Cuando estuvo seguro de que no iba a ocurrir nada, abrió los ojos.

El soldado alemán yacía de espaldas en el suelo, con los pies hacia arriba y las suelas de las botas apuntando hacia él. La sangre goteaba por el escalón. Antes de que Pemberton pudiera reaccionar ante el repentino cambio de papeles, observó cómo una sombra pasaba a su lado fugazmente, subía las escaleras de tres en tres y comprobaba el pulso del soldado antes de volver a bajarlas. No llevaba uniforme, pero tenía una pistola en la mano y en su bota podía distinguirse un bulto con una sospechosa forma similar a una navaja. Su rostro, curtido por el sol, tenía un semblante serio que reflejaba preocupación por algo.

—¿Eres el rey de Grecia? —le preguntó, mirándole fijamente.

Pemberton observó perplejo al hombre que le había salvado la vida. La luz que se colaba por el hueco de arriba proyectaba una sombra sesgada en su rostro, revelando una boca agresiva, una piel azotada por los elementos y una barba

TOM HARPER

de varios días que sugería la idea de que hubiese salido de la cama con prisa aquella mañana. Sus ojos oscuros brillaban en la penumbra.

—¿Tengo pinta yo de ser griego? —fue lo único que se le ocurrió responder.

El desconocido se encogió de hombros.

—Me dijeron que podría estar aquí.

—Lo estaba. —Pemberton se levantó con dificultad, algo confuso por el modo en que se había entablado aquella conversación—. Se alojaba en mi casa. —Aún recordaba nítidamente la impresión que le supuso encontrar al monarca griego allí al volver a la villa: los guardias neozelandeses apostados en el jardín, los oficiales de enlace gritando ante la radio que habían erigido en su estudio, los cortesanos sentados en la terraza fumando un cigarrillo tras otro mientras jugaban unas eternas manos de cartas—. Le trasladaron hace tres semanas, a Chania, creo.

—Pues ya no está allí. —El hombre abrió bruscamente la recámara de su revólver y cambió el cartucho gastado por otro de la bolsa que llevaba en el cinturón—. Huyó esta mañana y nadie sabe hacia dónde se dirigió. Me dijeron que le buscara aquí.

—¿Quién es usted? —le preguntó Pemberton con los ojos entrecerrados.

—Soy Grant —respondió el desconocido, sin tenderle la mano.

—John Pemberton, soy el responsable de este lugar.

—Buen trabajo. —Grant desenfundó el revólver, se agachó para recoger la pistola automática y registró el uniforme del alemán muerto, extrayendo tres cargadores de repuesto y, para horror de Pemberton, dos granadas de mano.

—Estoy seguro de que no pensará usted usar eso aquí, ¿verdad?

—¿Por qué no? —Grant se metió las granadas en el cinturón y arrojó hacia atrás la pistola automática—. Si lo que te

EL TEMPLO PERDIDO

preocupa es desconchar la pintura, te diré que llegas unos cuantos miles de años tarde —dijo, y acto seguido se volvió para subir las escaleras—. Espera aquí.

—¿Adónde va? —Pemberton podía sentir la sequedad de su boca.

—A encontrar al rey de Grecia.

Pemberton esperó, acurrucado en las sombras del recodo del rellano mientras las pisadas de Grant se perdían rápidamente en la distancia y le envolvía el silencio. Intentando que las hebillas no hicieran ruido, abrió la mochila y comprobó su contenido. Gracias a Dios, el cuaderno seguía estando ahí; pasó los dedos sobre la suave piel y se preguntó qué diablos estaba haciendo. ¿De dónde había salido ese tal Grant? ¿Volvería? Aun cuando fuera capaz de librarse de los soldados que había en el palacio, ¿cómo se las arreglarían para eludir al resto de tropas que estarían patrullando por toda la isla? Aunque Pemberton no era del todo ajeno a la guerra, durante los últimos veinte años sólo había tenido contacto con ella a través del manto moderador de la arqueología: marcas de quemaduras en las paredes, hojas de bronce picadas y marcadas y, de forma muy ocasional, un esqueleto al que fotografiar, etiquetar y exhibir. Ahora se encontraba inmerso en mitad de la batalla, y la idea de que podría convertirse en pasto para futuros arqueólogos no le resultaba agradable.

A muy poca distancia se oyeron unos gritos, a los que siguieron tres rápidos disparos. Pemberton se estremeció, comprendiendo que aquel era un lugar peligroso; necesitaba algún sitio más oscuro y más recogido. De puntillas, bajó un poco más, con pies de plomo, hacia la Sala de las Columnas.

Grant se arrodilló tras los cuerpos de dos soldados alemanes y cargó tres nuevos cartuchos en su Webley, un hábito que había aprendido hacía mucho: recargar siempre a la primera oportunidad. Había perdido la cuenta de las veces en que tener unas balas extra le había salvado la vida.

TOM HARPER

«Dos más», pensó. Había estado todo el día observando el valle desde un puesto escondido, desde que un ayudante de campo llegó hasta su alojamiento presa del pánico, farfullando que el rey de Grecia había desaparecido. Había visto los aviones planeando, la tormenta de paracaidistas lanzándose hacia la isla y el humo que desprendían las ciudades, mientras aumentaba su rabia. ¿Por qué tenía que mantenerse al margen sólo porque un estúpido político estuviera preocupado por un rey a quien no querían ni sus propios súbditos? Había visto a Pemberton abandonar la villa y después había observado a la brigada de paracaidistas aterrizar en el valle. Fue entonces cuando abandonó su puesto y descendió por la ladera hasta el palacio. El SOE, Cuerpo de Operaciones Especiales de Gran Bretaña, no le había enviado a Grecia para vigilar a la realeza, sino para matar nazis. Y eso era lo que pretendía hacer.

Se arrastró agazapado por la ladera oriental del palacio. Había tenido bastante tiempo para estudiarlo desde arriba, pero ahora que estaba abajo en mitad de las ruinas le resultaba casi imposible encajar su vista de pájaro con el caos descontrolado que le rodeaba. Aquello era el sueño de un francotirador: tantos lugares donde cubrirse esparcidos en tantos niveles distintos que no se sabía hacia dónde mirar.

—Paciencia —se murmuró a sí mismo. Esta cualidad nunca había sido su punto fuerte, pero esta vez seguían rondando por ese laberinto dos soldados alemanes y, si metía la pata, sería una presa fácil. Mejor no arriesgarse.

En ese instante, el impacto de una bala hizo estallar un fragmento de piedra en la pared que tenía a sus espaldas. No había visto de dónde procedía el disparo; instintivamente, empuñó el Schmeisser con ambas manos y se giró varias veces, abriendo un fuego de contención. El cañón sólo escupió dos balas; después, nada. «Se ha atascado». Se bajó el arma del hombro y la arrojó lejos, lanzándose a la derecha en el mismo instante en que varios disparos silbaban sobre su cabeza. «El

EL TEMPLO PERDIDO

muy cabrón está encima de mí». Tendido boca abajo, se arrastró por la superficial trinchera que había sido en su día un pasillo real. Al final de éste se distinguía una cámara oscura, una bodega construida en el interior de la ladera. Si pudiese llegar hasta ella, contaría por fin con un techo para protegerse. A pesar de que sentía la sangre palpitándole en los oídos, aún podía oír al soldado alemán abriéndose paso tras él. Olvidándose de la prudencia, se lanzó a través del portal perseguido por otra ráfaga de balas.

Había llegado hasta una habitación alargada y estrecha, con una sucesión de huecos a ambos lados similares a establos, todos divididos por muros bajos y ocupados por unas grandes tinajas de arcilla más altas que él mismo. Por un segundo, pensó en meterse en alguna de ellas para esconderse, aunque posteriormente descartó la idea; en su interior quedaría atrapado como una rata en una bolsa.

Nuevos disparos traspasaron el portal, levantando nubes de polvo del árido suelo. Grant corrió hacia el fondo de la cámara, intentando encontrar una puerta o incluso un agujero en la pared; no había nada, la única salida era la puerta por la que había entrado. «Joder, vaya suerte la mía, he dado con la única habitación sólida de estas malditas ruinas», pensó irónicamente. El último hueco de la derecha estaba vacío; se arrojó en él justo en el instante en que su perseguidor cruzó corriendo la puerta.

Durante un minuto todo quedó sumido en el silencio. El alemán esperaba a que sus ojos se habituasen a la oscuridad y Grant se agazapaba tras el muro. Intentó ojear qué pasaba por encima, pero la gran tinaja que había en el hueco de al lado le bloqueaba la vista completamente.

—*Rudi*— oyó decir al soldado—. *Komme. Ich habe ihn.*

No hubo respuesta. Grant pensó que era una buena señal. Mejor aún, la voz delata una cierta incertidumbre; no sabía dónde estaba Grant y no quería averiguarlo él sólo. Ésa era una muy buena noticia.

TOM HARPER

Con el sigilo de un felino, Grant saltó por encima del muro y cayó al hueco del lado contrario, tras una de las enormes tinajas. Volviendo a montar el percutor del revólver, se dio la vuelta, sintiendo la arcilla bruta y fría al contacto con su brazo desnudo. ¿Dónde se había metido el alemán?

Asomó la pistola por detrás de la tinaja y el cañón quedó iluminado por un rayo de luz que se colaba por la puerta. Duró sólo un segundo, pero eso fue todo lo que necesitó el nervioso paracaidista. La habitación quedó barrida por una ráfaga de disparos que volaron la vasija en pedazos. Uno de ellos hirió a Grant en la mano y, antes de darse cuenta, sus dedos se habían abierto y habían dejado caer el arma, que cayó al suelo, añadiendo una nueva onda de sonido a la cacofonía de la habitación conforme se activaba el mecanismo de disparo a causa del impacto.

Grant volvió a refugiarse tras la vasija. Gracias a Dios, los minoicos las habían construido para que perduraran: las balas la habían agrietado, pero no se había roto completamente. Mientras tanto, el disparo de la Webley parecía haber dado tiempo al alemán para pensar y había dejado de disparar; quizás estaba esperando a que llegara su camarada. Oteando desde detrás de la vasija, Grant sólo alcanzaba a ver un par de botas negras relucientes e inmóviles a la derecha de la puerta.

Ahora sabía dónde estaba el alemán, pero no podía llegar hasta él de ningún modo. La Webley estaba tirada en el suelo arenoso, casi lo suficientemente cerca como para poder alcanzarla estirando el brazo, pero al mismo tiempo, justo lo suficientemente lejos como para que le mataran si intentaba hacerlo. Tenía la navaja en la bota, pero nunca podría acercarse lo suficiente como para poder usarla. Con esto sólo le quedaba...

Grant bajó la mirada hacia las dos granadas de mano que guardaba en el cinturón y pensó en el pobre arqueólogo, en el horror que se reflejó en su cara cuando Grant se las sustrajo al cadáver del soldado alemán.

EL TEMPLO PERDIDO

—Lo siento, viejo —susurró. Seguidamente, retiró el seguro de la granada, palpó la anilla situada en su interior y tiró de ella. «Uno... dos...». Se puso de pie, flexionó el brazo y lanzó la granada hacia el extremo más lejano del pasillo. «Tres». Giró suspendida en el aire y se perdió de vista. «Cuatro...». Se oyó un tintineo al golpear el borde de la vasija situada junto al soldado, a continuación, un ruido sordo conforme caía en su interior. «Cinco».

Entonces, la vasija se desintegró y el alemán se vio envuelto en una nube de fragmentos de arcilla. Grant no vaciló ni un segundo y se lanzó hacia el pasillo, cogió la pistola, rodó hasta colocarse de rodillas y disparó tres rápidos tiros aún prácticamente en movimiento. No fue necesario disparar dos más. El paracaidista se había desplomado en el suelo rodeado por los restos pulverizados de la vasija. Su cara se había convertido en una máscara sangrienta y le brotaba la sangre del pequeño agujero que le había impactado justo debajo de la insignia en forma de águila a la izquierda de su pecho. No se movía.

Grant observó el montón de arcilla y polvo, unos restos irreconocibles del gran objeto que había sido en su día. «El arqueólogo podrá entretenerse en reconstruir estas piezas», pensó.

Y fue entonces cuando oyó el disparo.

John Pemberton estaba aterrorizado. Desde la batalla de Passchendaele, no había sentido un pavor similar y, al menos entonces, tenía a sus hombres junto a él. Ahora estaba solo. Desde algún lugar de las inmediaciones, quizás justo en el lado contrario de la pared, oyó una furiosa descarga de disparos, una pausa y posteriormente una gran explosión que sacudió hasta los cimientos del palacio. ¿Habían reanudado los bombardeos? El eco de la onda expansiva resonó en el hueco de piedra, de manera que no pudo oír los disparos que se produjeron a continuación... ni las pisadas que bajaban sigilosamente las escaleras.

TOM HARPER

La primera bala impactó en el hombro de Pemberton, proyectándolo hacia atrás de manera tan brutal que la segunda falló completamente. La tercera no corrió la misma suerte: entró por los omóplatos y le salió por el pecho. Se desplomó boca abajo y a continuación se giró, yaciendo de espaldas y con una oscura bruma nublándole los ojos. Pudo entrever débilmente a un jadeante monstruo avanzando hacia él desde el fondo de las escaleras. Entre las sombras entrecruzadas del pasillo, parecía como si le hubiesen brotado cuernos del casco.

Incluso en los últimos instantes de su vida, Pemberton sólo podía pensar en una cosa. «El libro». Intentó alcanzar la mochila, pero no estaba allí. La había dejado caer cuando le alcanzó el primer impacto de bala. Entrecerrando los ojos, pudo ver la mochila tirada junto a uno de los pilares a través de la neblina bañada en sangre que le empañaba la vista. Colocándose de lado, se estiró en un intento por alcanzarla.

Una pesada bota se ciñó sobre su mano. Apenas podía sentir el dolor, pero el enfermizo crujido de sus dedos le hizo gritar. El monstruo rompió a reír, disfrutando con su agonía.

—*¿Wünschst du dieses?*— preguntó con una voz áspera y vaga, en un tono de burla evidente. Apuntando con el rifle a Pemberton en todo momento, el monstruo se dirigió hacia la mochila, la cogió y la balanceó en su cara, aunque manteniéndola fuera de su alcance. Pemberton intentó llegar hasta ella, pero no consiguió tocarla. Ahora el dolor se adueñaba de sus pulmones, apenas valía la pena el esfuerzo que requería cada inspiración y a su alrededor se expandía un charco de sangre. El soldado había abierto la mochila y estaba rebuscando en su interior: sacó la linterna, la navaja, dos chocolatinas... y por último, el cuaderno.

Pemberton lanzó un grito lleno de desesperación. El monstruo comenzó a reír, un sonido nasal y horrible que pasó a convertirse en unos incomprensibles resoplidos conforme pasaba las páginas.

EL TEMPLO PERDIDO

—¿*Wass ist das?*

—Vete al infierno.

Sólo decirlo consumió todas las energías de Pemberton, pero consiguió enfurecer al monstruo, que se puso en pie, arrojó el libro a un lado y empuñó el rifle como si fuera un garrote. Pemberton no tenía fuerzas siquiera para resistirse, aunque por encima del hombro del soldado vislumbró una tenue sombra que descendía tras las columnas de las escaleras como una llama parpadeante. Por supuesto, hacía unos tres mil años que las antorchas de aquel lugar estaban apagadas.

Desde detrás de la columna, Grant no podía ver al alemán, pero vislumbraba la sombra negra que surgía tras la figura del arqueólogo moribundo. Olvidándose de la pistola, se sacó la navaja de la bota y saltó por el hueco de la escalera, atravesando la cámara con dos brincos silenciosos. El alemán comenzó a girarse, pero ya era demasiado tarde: Grant le inmovilizó por el cuello con el brazo izquierdo, tiró de él hacia atrás y le hundió la navaja hasta la empuñadura en la yugular. Durante un segundo, la cabeza del soldado se inclinó, gritando lleno de agonía, y a continuación, Grant extrajo completamente la navaja con un giro. La sangre manó a chorros de la herida, empapándole la cara, y el alemán se desplomó sin vida. Empujó el cuerpo a un lado y miró hacia abajo.

Sólo con una mirada supo que Pemberton no saldría de aquella habitación con vida. Tenía las mejillas y los labios blancos, y su cuerpo estaba tan consumido que las heridas habían dejado de sangrar. Pero aún conservaba un resquicio de vida, gracias al cual levantó temblorosamente un brazo y apuntó hacia algo situado a espaldas de Grant. Sus labios se abrían y cerraban en una sucesión de muecas, en un intento por conseguir articular unas últimas palabras. Grant se arrodilló a su lado y acercó su oído a los labios de Pemberton mientras seguía con la mirada la dirección del brazo extendido. Allí, en una esquina, había un pequeño cuaderno marrón tirado abierto en el suelo.

—*Arch...*

Un ataque de tos se apoderó del arqueólogo. Grant apoyó la cabeza sobre su pecho. Quería decirle que no hablara, que guardase sus fuerzas, pero sabía que no tendría ningún sentido; cualquier cosa que el viejo tuviera que contarle, debía decirlo entonces.

Con un último aliento de fuerza, agarró a Grant por el cuello de la camisa con sus manos pálidas, sosteniéndole la mirada con unos ojos apagados por los que se le derramaba la vida.

—Archanes —susurró—, la casa de los albaricoques. Déselo a ella.

Tras lo cual, sus manos cayeron flácidas e inertes, cerró los ojos y Grant pudo percibir el familiar y escatológico hedor de la muerte.

Llevó el cuerpo del arqueólogo al exterior, lo extendió en los cimientos del palacio, al aire libre, y lo cubrió con escombros para protegerlo de los carroñeros. Una de las piedras exhibía una extraña marca grabada, un diseño de tres puntas similar a una horca o un tridente, y decidió utilizarlo como lápida. Cogió todo lo que pudo de los cadáveres de los paracaidistas y volvió a cargar la Webley. Después, al estilo de los antiguos héroes, se marchó en busca de otra batalla.

UNO

Oxford, marzo de 1947

—*Ira*. La primera palabra que se plasmó en la literatura occidental y que establecía la temática para todo lo que vino a continuación.

El estudiante levantó la vista de su trabajo, obviamente esperando alguna reacción. Frente a él, un par de pálidos ojos azules miraban fijamente sobre su hombro, examinando la capa de hielo que nublaba la ventana. Había un fuego de carbón silbando y crepitando en la chimenea, pero seguía siendo insuficiente frente al frío polar que azotaba Inglaterra desde enero. Sobre todo en las salas medievales llenas de corrientes de aire de la universidad de Oxford, cuyas piedras albergaban la humedad y el frío acumulados durante quinientos años.

El estudiante se aclaró la garganta y continuó.

—Todos los personajes de la *Iliada* quedan definidos por la ira. Algunos de ellos creen que son capaces de dominarla; otros quedan eclipsados por ella. La mayor parte de ellos muere a causa de esta ira, lo que explica la causa de que esta historia tenga tanta repercusión casi tres mil años después de que Homero la escribiera. Como muestra la Historia reciente, la ira y la violencia siguen siendo las pasiones que mueven el mundo. La *Iliada* no es un relato del pasado; es una historia del presente. Lo único que podemos esperar es que, como Aquiles,

TOM HARPER

permitamos que nuestra humanidad domine a nuestra ira y consigamos construir un futuro mejor y más justo.

Hubo una pausa. Al otro extremo de aquella sala repleta de libros estaba Arthur Reed, catedrático de Filología Clásica, con el ceño fruncido.

—¿He dicho algo incorrecto?

Sus ojos azules se desviaron de la ventana, posándose en el estudiante.

—Un poema.

—¿Perdone? —preguntó el estudiante, perplejo.

—Es un poema, no una historia.

Al estudiante le cambió la cara, pero finalmente se tragó cualquier contestación que quisiera dar y volvió a mirar hacia el trabajo.

—¿Continúo?

Reed volvió a tomar asiento en su silla y suspiró. La guerra lo había cambiado todo. En los años treinta, los estudiantes eran un grupo de inmaduros, ansiosos por complacer a sus profesores y fáciles de controlar. Esta nueva generación era diferente. ¿Qué podía enseñarles sobre héroes él, que había pasado la guerra detrás de un escritorio?

La tutoría se vio interrumpida por unos suaves golpes a la puerta. Apareció un conserje e inclinó la cabeza, ignorando deliberadamente al estudiante.

—Le ruego que me disculpe, profesor. Un tal señor Muir le espera en conserjería.

Desde el pasillo, al conserje le resultaba completamente imposible ver a Reed, envuelto por su sillón de orejas, con una manta en las piernas y una bufanda enrollada ocultándole prácticamente la cabeza. Sin embargo, desde el frente, el estudiante podía verle perfectamente y percibió la extraña mirada que se le dibujó en el rostro, como si acabara de morder una manzana ácida.

—Dígale que bajaré cuando termine.

—Señor, se ha mostrado extremadamente insistente.

EL TEMPLO PERDIDO

—Igual de insistente soy yo, señor Gordon. —Reed se quitó las gafas y comenzó a limpiarlas con el extremo de su bufanda, señal inconfundible para aquellos que le conocían de que la discusión había terminado. El conserje desapareció con otra inclinación de cabeza.

Reed fijó la mirada en las ascuas cenicientas de la chimenea durante tanto tiempo que el estudiante se preguntó si se habría olvidado completamente de él. Entonces, con una extraña sonrisa y un esfuerzo obvio, Reed se obligó a volver a mirar al estudiante.

—¿Por dónde íbamos?

Una hora más tarde volvió el conserje, con el estudiante ligeramente más maduro aunque, según temía Reed, menos listo. Apenas había abierto la puerta cuando el visitante le empujó para abrirse paso. Era un hombre delgado, nervudo y firme, a quien no se le movía ni una fibra de su cuerpo. Tenía el pelo muy corto, como un cepillo. Sin quitarse el abrigo, atravesó decididamente la pequeña sala y se dejó caer en el gastado sofá situado frente a Reed. Los viejos cojines se hundieron bajo su peso, situándole en una extraña postura angular parecida a estar agachado. Al inclinarse hacia delante, las piernas se le abrían, dando la inquietante impresión de un leopardo en posición de ataque. Se frotó las manos.

—Siento haberte hecho esperar —le dijo Reed suavemente.

—Ya puedes sentirlo, tengo muchas cosas que hacer.

—Y sin embargo has venido desde Oxford para verme; podías haber llamado.

—Lo hice. Cinco veces ayer y dos anteayer.

—Ah, pues... me atrevería a decir que el conserje debió de extraviar los mensajes. De todos modos, ahora que estás aquí, ¿en qué puedo ayudarte?

Muir sacó un cigarrillo de su pitillera de marfil y encendió una cerilla, sin ofrecerle a Reed. Cuando prendió el fósforo,

TOM HARPER

metió la mano en su bolsillo y extrajo un rígido sobre marrón que tiró sobre la mesita que les separaba.

—¿Qué te parece esto?

Reed cogió el sobre, el cual contenía una única fotografía impresa sobre un papel grueso. La observó fijamente; después, se levantó de su sillón y atravesó la sala hasta el escritorio, situado contra la pared. Extrajo una gruesa lupa de uno de los cajones y la sujetó sobre la imagen.

—Una tablilla de arcilla; una parte de una tablilla. Al final de la fotografía aparece una banda negra que dificulta bastante la visión. Parece que la tablilla tiene grabado algún tipo de inscripción, aunque la foto está demasiado borrosa para distinguirlo claramente. Nada más, excepto un reloj de muñeca extendido a su lado. —Reed bajó la lupa—. ¿La tomó John Pemberton?

—¿Por qué me preguntas eso? —contestó Muir lleno de tensión.

—¿Fue él?

—Quizás. ¿Por qué?

—El reloj. —Reed lo señaló en la fotografía—. Pemberton siempre lo usaba como escala cuando fotografiaba los artefactos. Que en paz descanse. —Volvió a observar la fotografía, después fijó la mirada de nuevo en Muir—. Obviamente, has oído hablar de él, ¿verdad? No imaginaba que fueras un entusiasta de la arqueología.

—Cuando no se encontraba dirigiendo excavaciones para descubrir civilizaciones perdidas, Pemberton trabajaba para nosotros.

El cigarrillo se había consumido por completo; Muir cogió la colilla y la arrojó a la chimenea, levantando unas cuantas chispas solitarias.

—El Servicio de Inteligencia Militar. Le contratamos antes de que estallara la guerra y, en 1940, le enviamos a Creta por si Hitler se interesaba por Grecia. —Muir volvía a tener

EL TEMPLO PERDIDO

otro cigarrillo en la boca, consumiéndose visiblemente; por lo menos, contribuía a calentar la habitación, pensó Reed—. Por supuesto, todo esto es confidencial.

—Por supuesto.

—Utilizábamos a Pemberton como nexo con la gente local, para establecer contactos, redes... ese tipo de cosas. Como era arqueólogo, podía deambular por cualquier lugar y pasaba desapercibido. Fue una pena que muriera el primer día de la invasión; nos echó por tierra el trabajo de seis meses.

—Una pena terrible —corroboró Reed, lanzando a Muir una mirada de soslayo bajo sus cejas canosas—. ¿Y ahora estáis rebuscando en sus fotos?

—Encontramos la fotografía en un archivo alemán al finalizar la guerra.

Reed se rascó la zona del cuello, irritada por la lana de la bufanda.

—¿No estarás sugiriendo en serio que...?

—¿Que Pemberton era un traidor? —Muir forzó una risa breve e irónica—. No; cuando los alemanes tomaron la isla, establecieron su cuartel general en la villa de Pemberton, así que tuvieron bastantes oportunidades de desvalijar sus pertenencias.

—Entonces, ¿por qué...?

—El porqué no importa. —La segunda colilla siguió el destino de la primera hacia el interior de la chimenea. Muir abrió la pitillera y se dispuso a extraer otro cigarrillo instintivamente, aunque a continuación se controló y cerró la tapadera bruscamente. Tamborileó unos segundos sobre el marfil, un golpe rápido similar a una ametralladora—. Todo lo que necesito que me aclares es qué muestra esta imagen.

Reed volvió a subir la lupa y a examinar de nuevo la fotografía.

—Probablemente date de finales de la era minoica o principios de la micénica.

TOM HARPER

—¿Me puedes hablar en cristiano? —La pitillera volvió a abrirse cuando los impacientes dedos de Muir consiguieron imponerse a su autocontrol.

—Muy bien. La tablilla de arcilla retratada en la fotografía data probablemente del siglo XIV a. C. y proviene de Creta o la Grecia peninsular. No tan antigua como las pirámides, pero de antes de la Guerra de Troya —sonrió—. Si crees en ella, claro.

—Así que es griego y es más antiguo que el hambre, ¿no? ¿Y qué me dices de la inscripción?

Reed suspiró y bajó la fotografía.

—Ven conmigo.

Se puso apresuradamente un abrigo y un gorro de piel en la cabeza, y seguidamente condujo a Muir por la escalera de madera, a través del patio interior, hasta salir por la puerta principal de la facultad. A lo largo de la carretera se amontonaban terraplenes de nieve sucia que se alzaban casi hasta la altura de la cintura, y los pocos peatones que se atrevían a andar por las aceras heladas se tambaleaban a causa del viento que azotaba Turl Street. Los tejados crujían bajo el peso de la nieve y de las canaletas colgaban estalactitas de hielo puntiagudas como cuchillos, mientras las paredes de la universidad, que lucían tan doradas en verano, se mostraban ahora tan grises como el cielo.

—¿Estuviste aquí? —preguntó Reed mientras caminaban a duras penas por Broad Street y pasaban las torrecillas góticas de la facultad Balliol, que parecían sacadas directamente de un cuento de hadas con su manto de nieve—. En tu época de estudiante, quiero decir.

—Cambridge.

—Ah —dijo Reed, con un tono de auténtica pena—. *Procul omen abesto*, ¿eh?

Siguieron caminando en silencio, pasaron un campo-santo aislado por la nieve y se dirigieron hacia el Ashmolean

EL TEMPLO PERDIDO

Museum, cuyo enorme pórtico neoclásico parecía fuera de lugar entre la austeridad medieval de las facultades. Con una inclinación de cabeza, Reed le condujo por delante del vigilante y atravesaron las galerías vacías hasta llegar a una lúgubre sala interior. Parecía una especie de armario para guardar un sinfín de objetos de civilizaciones olvidadas: estaba repleta de altas estatuas envueltas en sábanas polvorientas cuyos pies sobresalían por debajo de los dobladillos, cuadros con marcos dorados apoyados en las paredes y expositores sin cristal amontonados en las esquinas como si fueran antiguos pupitres. La mayoría de los objetos que se exhibían en ellos parecían estar ausentes, marcados únicamente por la sombra oscura que habían dejado en la tabla trasera blanquecina. Sin embargo, uno de ellos parecía contener aún unos cuantos objetos. Reed cruzó hasta él y lo señaló.

Muir se inclinó para mirarlo más de cerca. La pieza que señalaba Reed era una tablilla de arcilla, ennegrecida por la edad y atravesada por tres grandes grietas. Tenía unos bordes desiguales, aunque la superficie era lisa y tenía grabados cientos de surcos diminutos y estrechos, casi invisibles en aquella oscura habitación

Reed encendió la luz y le pasó a Muir la lupa.

—¿Qué es esto? —Su voz había perdido su mordacidad habitual.

—Se descubrió, la escritura quiero decir, alrededor de 1900. Sir Arthur Evans la descubrió en Knossos y la llamó Lineal B. Como en esa época también era comisario de este museo, un buen número de estas piezas acabaron aquí.

Muir bajó la lupa y acercó la fotografía a la tablilla.

—¿Quieres decir que existen más de estas cosas?

—Unas pocas; quizás unas ciento cincuenta en total, aunque algunas de ellas son sólo fragmentos —contestó Reed, encogiéndose de hombros—. No es mi especialidad, en realidad. No sé por qué te has molestado en venir hasta Oxford

TOM HARPER

con este tiempo infame sólo para molestarme con esto. Podrías haberte cogido un taxi hasta el Museo Británico y hubieses averiguado lo mismo, su personal es muy servicial.

—¿Sabes interpretarlo? —preguntó Muir, ignorando su comentario.

—¿Interpretarlo? —Reed soltó una corta carcajada, escandalizado—. Los expertos llevan intentando descifrarlo casi cincuenta años sin éxito. Resolver esto sería el descubrimiento más extraordinario desde que Champollion descifró los jeroglíficos egipcios, teniendo en cuenta que él tenía la Piedra de Rosetta como base, por supuesto.

—¿Lo has intentado?

Reed negó con la cabeza.

—Como te he dicho, no es realmente mi especialidad. Y no entiendo por qué...

—Necesito una respuesta urgente y eres la única persona autorizada que puede dármele. —Muir había bajado la fotografía y merodeaba por la habitación dando grandes zancadas, masticando un cigarrillo apagado.

—¿Autorizada? —repitió Reed, desconcertado—. Si esto ocultó algún secreto alguna vez, fue hace más de tres mil años. Sospecho que esta información ya habrá sido desclasificada.

—Ahí te equivocas. —Muir dio media vuelta y se dirigió hacia Reed—. Quiero que lo mires. Después del trabajo que hiciste con el Ultra, esto tendría que ser pan comido para ti. Esta historia está anticuada.

—No está verdaderamente...

—Y puede que te necesite en Grecia. Si Pemberton tomó esta fotografía allí, quién sabe qué más encontró.

Ahora Reed parecía estar realmente horrorizado.

—¿En *Grecia*? Pero allí están ahora mismo inmersos en una guerra civil.

Muir soltó una carcajada rapaz y apagó el cigarrillo en un pedestal vacío.

—Por lo menos, será un lugar más cálido que esta asquerosa morgue.

Para cuando Muir llegó de nuevo a Londres, al gran edificio de Victoria Street, ya había anochecido. La mayor parte del personal ya se había marchado a casa, pero el secretario nocturno le permitió el paso a los archivos. Le llevó cuatro horas, pero al final, tenía un nombre y un documento que empezó a leer desde el final, hojeando las secas páginas rápidamente. Como la mayoría de los archivos de aquella sección, comenzaba a finales de 1938, al principio de forma esporádica: informes médicos, valoraciones de formación, etc.; y después con más urgencia. Entre 1940 y 1944, los informes se volvían más densos y rápidos, una vuelta impresionante por los distintos frentes de la Guerra (París, Moscú, Atenas, Herakleion, Alejandría, Roma, Normandía), encabezados con una abrumadora variedad de claves en constante cambio. En 1945 disminuían abruptamente, y terminaban en unos cuantos folios cuando la burocracia le despidió. Y finalmente, en la última página, un único telegrama. Después de los amarillentos fajos de informes de guerra, este papel era nítido y escueto.

Muir comenzó a silbar. «Estúpido cabrón». Estuvo otros cinco minutos comprobando los registros y luego descolgó el teléfono.

—Necesito llegar hasta Tierra Santa. —Siguió una pausa—. No, no me importa si se necesita un puto milagro.